

DE LA DEFENSA DE LA PAZ AL BUEN GOBERNANTE:
EL PRÓLOGO DEL *CIRONGILIO DE TRACIA* (1545) DE BERNARDO DE VARGAS

FROM THE DEFENCE OF PEACE TO THE GOOD RULER:
THE PROLOGUE OF BERNARDO DE VARGAS'S *CIRONGILIO DE TRACIA* (1545)

Almudena IZQUIERDO ANDREU

ÉCOLE NORMALE SUPÉRIEURE DE LYON | Lyon, Francia

Contacto: aiandreu@ucm.es

Resumen

Este artículo analiza el prólogo del *Cirongilio de Tracia*, un libro de caballerías de 1545, escrito por Bernardo de Vargas, con la intención de comprobar su anclaje con la realidad histórico-cultural coetánea. El paratexto del *Cirongilio* resalta dos ideas principales: la visión pacifista del autor, que aboga por salvaguardar la paz de la república, siempre que sea posible; y la idea del buen gobernante que sabrá regir sus estados con sabiduría para conducirlos a ese estado de paz y prosperidad que beneficiará al reino. Por otro lado, la figura del buen gobernante relaciona al destinatario del libro, don Diego López Pacheco, con el protagonista Cirongilio, lo que se traduce en una exaltación propagandística del noble y su familia.

Palabras clave: *Cirongilio de Tracia*; Bernardo de Vargas; prólogo; propaganda; don Diego López Pacheco; buen gobernante

Abstract

This article analyzes the prologue of *Cirongilio de Tracia*, a chivalric romance written in 1545 by Bernardo de Vargas, to verify its connection with its historical-cultural reality. The paratext of *Cirongilio* highlights two main ideas: the author's pacifist vision, which advocates for the safeguarding of the peace of the republic, whenever it was possible; and the idea of the good ruler who will know how to govern their states with wisdom in order to lead them to that state of peace and prosperity that will benefit the kingdom. On the other hand, the figure of the good ruler connects the recipient of the book, don Diego López Pacheco, with the protagonist, Cirongilio, showing a propagandistic exaltation of the nobleman and his family.

Keywords: *Cirongilio de Tracia*; Bernardo de Vargas; prologue; propaganda; don Diego Lopez Pacheco; good ruler

El libro de caballerías es uno de los géneros literarios que mayor trascendencia tuvo en el siglo XVI. Estos textos ficcionales, que narran las aventuras maravillosas y deleitosas de damas, caballeros, gigantes y magas, fueron muy conocidos entre el público de todos los estratos sociales, como muestran las numerosas ediciones o familias caballerescas de las que disfrutaban reyes, notarios, mercaderes, entre otros muchos lectores.¹ Su gran popularidad entre las diversas capas sociales lleva a que los autores de libros de caballerías no se conformen con circunscribir las historias a los mundos ficcionales donde los caballeros de papel viven increíbles aventuras, sino que también incidan en la realidad histórica contemporánea. Por ello, a lo largo de sus páginas, muchos de los escritores realizan pequeños guiños sobre la situación histórica, política y social del momento. Aunque no se trata, en su mayoría, de libros en clave, pues para esto habrá que esperar a un estadio tardío del género centrado, sobre todo, en su variante manuscrita (Lucía Megías, 2004), sí estamos ante cierto anclaje de la realidad histórica y social. Esto enriquece el libro con huellas o mensajes acerca de la situación política contemporánea, como son las guerras de religión, la tensión entre los reinos españoles con sus vecinos europeos, incluso su situación en la política internacional o los fastos palaciegos, plasmados en las crónicas de la época:

Los autores caballerescos, sin duda alguna, se inspiraron en acontecimientos reales y en actos de valentía perfectamente registrados en las crónicas de la época, crónicas que, junto a los portulanos y los libros de viajes, son materiales que también pudieron manejar a la hora de componer sus relatos. Los pasos de armas, las guerras, las disputas caballerescas por territorios o las fiestas encuentran referentes genéricos en cualquiera de las crónicas reales o biografías de la época. (Marín Pina, 2011: 88)

Si uno presta especial atención al género caballeresco, podrá comprobar que muchos de sus textos guardan cierto paralelismo con la realidad histórica coetánea. Estos visos de realidad, ligados especialmente a acontecimientos políticos y sociales del momento, no han pasado desapercibidos para la crítica; incluso Guijarro Ceballos (1999) ha llegado a acuñar el término “pseudohistoricidad” para aludir a este aspecto de la ficción. En este sentido, hay que determinar el papel que juega el prólogo en los

¹ Entre los estudios que se pueden encontrar sobre el público y la recepción del libro de caballerías están los de Lucía Megías (2002) y Lucía Megías y Marín Pina (2008).

libros de caballerías dentro de las conexiones que establecen los escritos con la realidad contemporánea.

Siguiendo las investigaciones de Demattè (2002) sobre el ámbito prologal de estas ficciones, se determina que este espacio paratextual no es un apartado exento como tal del cuerpo de la narración, sino que la intención del autor se adentra en la obra,² aunque es cierto que el prólogo, y en su extensión la variante del prólogo-dedicatoria —la más común en el libro de caballerías, como ya señaló Lucía Megías (2000: 373)—, se organiza gracias a un conjunto de elementos tópicos donde los contenidos se compactan también por una serie de componentes ligados a la realidad histórica coetánea. En el caso del prólogo, destaca la relación que se entabla entre el destinatario del libro, normalmente un conocido miembro de la nobleza, y el protagonista de las aventuras caballerescas. Este paralelismo lleva a una promoción nada velada del homenajeado y su familia, gracias a la pintura laudatoria y exaltadora que se realiza en el prólogo.³

De este modo, esta situación se une al intento por parte de los autores de plasmar en sus páginas diversas ideas fraguadas al calor de las ideas políticas, históricas y culturales de la época. Las referencias históricas y encomiásticas con las que dibujan al noble destinatario del libro están habitualmente conectadas con la propia situación histórica y política contemporánea. Más allá de los tópicos del manuscrito encontrado y de la falsa traducción, se analiza cómo el prólogo realiza una verdadera función encomiástica entre los nobles a quienes se dedicaron las obras. Aunque los prólogos de *Amadís de Gaula* o las *Sergas de Esplandián* pueden funcionar como ejemplos claros de lo anterior, es necesario profundizar más en otros textos para ver el funcionamiento de estos prólogos en libros no tan conocidos como los padres fundadores del género. Por este motivo, este trabajo pretende mostrar un ejemplo de dicho proceso por medio del paratexto de uno de los libros de caballerías menos conocido: el *Cirongilio de Tracia* (1545) de Bernardo de Vargas.

2 “La scelta dell'autore di adibire uno specifico spazio paratestuale, quale il prologo, a ‘luogo scorporato della persuasione’ rivela un esplicito Desiderio di suggerir sia verso quali sensi (direzioni, significati) il testo si dirige sia verso quali pre-testi l'opera pretende le sue radici. Questo invito quasi esplicito si traduce in una richiesta di adeguamento del lettore al sistema espressivo dell'autore, cioè nell'accettazione dell'ordito culturale, storico e sociale che l'autore decide di porre come sfondo all'opera” (Demattè, 2002: 408).

3 Para una visión teórica general del prólogo en el Siglo de Oro, véanse Porqueras Mayo (1957) y Cayuela (1996).

El *Cirongilio de Tracia* sale de las prensas sevillanas de los Cromberger en 1545. En los últimos años se han desvelado diversos datos biográficos de su autor, Bernardo de Vargas, que permiten entablar una relación entre él y el destinatario de la obra. Ahora bien, con las últimas investigaciones en la mano, se puede afirmar que Bernardo de Vargas, autor de *Los cuatro libros del valeroso caballero don Cirongilio de Tracia*, y Bernardo Pérez de Vargas, autor del primer tratado español de química y mineralogía, *De re metallica* (1569), son la misma persona. En palabras de Elisabetta Sarmati (2018) “se trata de simples conjeturas que, sin embargo, no se pueden infravalorar del todo” (283-284). A partir de los datos procedentes de la historia de Coín (Málaga), de la que Bernardo Pérez de Vargas era vecino, y de la historia de la ciencia española en el siglo XVI, Bermúdez Méndez (2006) ha propuesto una reconstrucción biográfica del propio Vargas.

La relación con los marqueses de Villena le vendría de familia, pues su padre, Juan Pérez de Vargas, estaba al servicio de don Diego López Pacheco, segundo marqués de Villena y segundo duque de Escalona, quien le había nombrado administrador de las villas de Tolox y Monda, municipios cercanos a Coín. Bernardo Pérez de Vargas había hecho su probanza de hidalguía en 1545, al firmar algunos de sus textos como “magnífico caballero”, un tratamiento que correspondía a los grandes señores de los reinos peninsulares.⁴ Según Bermúdez Méndez (2006: 124-127), Bernardo Pérez de Vargas aparece residente en Coín que, frente a Monda y Tolox, tenían una mayor población de origen musulmán, un lugar que no habría sido muy apropiado para alguien que quiere distinguirse por su estirpe cristiana y castellana. En este ambiente nacen *Los cuatro libros del valeroso caballero don Cirongilio de Tracia*, su única obra de ficción, un ensayo juvenil de su faceta como escritor que más adelante desarrolla en el ámbito científico como *La fábrica del universo o repertorio perpetuo* y el *De re metallica*, en nueve libros, impreso en Madrid en 1569. El libro de caballerías en cuestión lo dedicó al tercer marqués de Villena, don Diego López Pacheco, un dato que apoya la teoría de la coincidencia entre Bernardo Pérez de Vargas y Bernardo de Vargas como una sola figura, ya que ambos se encontraban bajo la protección de los marqueses de Villena. No en vano, si bien su padre ejerció como alcaide de las villas de Tolox y Monda, Bernardo también ocupó este cargo durante unos meses, tras el fallecimiento de su progenitor en 1536.

4 A lo largo del artículo, así como en el título, la ausencia del apellido Pérez en el nombre del autor se debe a que seguimos el nombre consignado en el impreso y que se usa en la tradición para señalar al autor del *Cirongilio de Tracia*.

Por su parte, el *Cirongilio de Tracia* se dedicó al tercer marqués de Villena don Diego López Pacheco (1503-1556), llamado igual que su padre, el segundo marqués, que había fallecido en 1529. A partir de este ámbito vital, Bermúdez Méndez (2006: 125-128) cree que la dedicatoria se puede interpretar como un agradecimiento al noble, que había confiado a la familia Vargas la administración de estas propiedades, lo que reportó unos beneficios a Bernardo y a su padre que les permitían vivir holgadamente y poder dedicarse, en el caso del autor, a la escritura de textos literarios y científicos. La cercanía entre Vargas y el marqués prueba que la dedicatoria no se hizo a un noble cualquiera que pudiera encajar bien con la ideología de la obra, sino que podía esconder un agradecimiento a unos hechos pasados que habían beneficiado al autor, lo que da pie a que la función encomiástica y propagandística del noble quede evidenciada por la gratitud que le debe.

La crítica ha destacado que el *Cirongilio de Tracia* marca cierto desfallecimiento del género caballeresco, lo que supone el comienzo del fin de los libros de caballerías que habían iniciado su andadura editorial casi cincuenta años antes. Estructuralmente el libro sigue el modelo amadisiano de dos partes (González, 2000: 7-10; 2002a; 2005), centrada la primera en las hazañas individuales del héroe, mientras que la segunda se basa en la aventura colectiva. Sin embargo, Vargas modifica los límites de las dos secciones al privilegiar la extensión de la primera sobre la segunda. El autor echa mano de todos los elementos típicos, de los que abusa y reitera constantemente, sin que ello conlleve un aporte significativo para la trama del libro, con un argumento en el cual los motivos se acumulan sin estar debidamente cohesionados con el tema principal. A ello se suma el lenguaje recargado, lleno de latinismos, anacolutos, marcado por el conceptismo y la sintaxis compleja, que contrasta con los andalucismos que pueblan las páginas (González, 2003b; 2006). A los tópicos habituales de los libros de caballerías se añade el elemento maravilloso y profético que se emplea en el *Cirongilio*, aparte de motivos provenientes de la novela sentimental, como las cartas y piezas líricas de cancionero que se insertan a lo largo de la obra, y la presencia de complejas alegorías, como la de la Casa del Amor (González, 2002b, 2003a, 2004a). Tal vez, la mayor trascendencia de la obra son los aspectos ligados al humor, la ironía y la burla, que recoge directamente Cervantes por medio de un personaje, el caballero Metabólico, herencia directa del caballero Fraudador creado por Feliciano de Silva (González, 2002a: 361).

El proemio del libro es un prólogo-dedicatoria que se enmarca en la tradición paratextual del libro de caballerías. Como reza el inicio de este introito, el autor se

dirige al “illustrísimo señor marqués de Villena y de Moya, duque de Escalona, conde de Santistevan y de Xiquena” (Vargas, 2004: 3), título que ostenta don Diego López Pacheco, notable caballero al servicio del emperador Carlos V, por quien fue armado caballero en 1520. Este noble era hijo del famoso Diego López Pacheco y Portocarrero (1456-1529), segundo duque de Escalona y uno de los hombres más poderosos de la época, quien se posicionó a favor de Juana la Beltraneja durante la guerra civil contra la reina Isabel, además de cumplir un papel destacado en la guerra de Granada (Morales Ruiz, 2009). Don Diego formó parte de los acompañantes del emperador durante sus campañas italianas, en concreto, durante su coronación en Bolonia. Asimismo, fue un gran admirador de Erasmo, hasta el punto de que su marquesado fue un centro impulsor de la cultura humanística. Francisco de Osuna le dedicó *El tercer abecedario* (1527), y Juan de Valdés, el *Diálogo de la doctrina cristiana* (1529) (Sarmati, 2018: 284, n. 28).

Volviendo al texto, el *Cirongilio de Tracia* es un libro de caballerías dedicado a un noble ocupado en el arte de la guerra y en el círculo más o menos cercano a Carlos V, como ocurría con el destinatario de la *Primera parte de Clarián de Landanís*. No en vano las acciones y aventuras de este nuevo escrito se han intentado relacionar con diversos acontecimientos históricos, como una reelaboración de elementos políticos contemporáneos —por ejemplo, mediante las campañas que el rey Francisco I de Francia llevaba a cabo contra Carlos V, a pesar de que también aparezca referido el rescate de la ciudad de Constantinopla.⁵

El prólogo del *Cirongilio* comienza alabando el sumo bien de la paz y apela a dos tópicos, la invectiva *in bellum* y la invectiva *in tempora*, para lamentar el tiempo presente en el que, según él, los hijos de la Iglesia están entregados a las guerras y la discordia. Sin embargo, no se trata de una guerra justa ni santa, sino todo lo contrario. Ello conduce a la alabanza de Diego López Pacheco, pues él sí será digno, por cumplir la misión reservada a los buenos príncipes: la búsqueda y la conservación de la paz. La parte final de la dedicatoria se articula, como viene siendo tradicional, sobre el tópico de la falsa traducción y del manuscrito encontrado, dado que el texto

5 En concreto, Vargas señala cómo la caída de Constantinopla se ve como un hecho ya irreparable. Aquí subraya un sustrato ideológico en esta redefinición del tópico de la política imperial de Carlos V, para concluir que el espíritu de cruzada es ya bastante débil y ocasional (Vargas, 2004: xix-xx). También está en González (2004b). De cualquier forma, cierto desfallecimiento en el ideal de Cruzada que se empieza a ver en el libro puede relacionarse con el fin de la Cruzada contra Túnez del emperador Carlos V en 1539, motivado por los problemas internacionales y los recelos de los vasallos castellanos (véase Fernández Álvarez, 1999: 586-587).

se traslada de una versión latina por el “docto historiógrafo Promusis”, quien lo había traducido del griego por orden del sabio Novarco. Con su nueva versión, Vargas restituye la verdad contenida en la versión original, que cierra con un sonado elogio al héroe protagonista y una súplica al destinatario, convertido en protector de la obra (González, 2000: 11).

A lo largo de su prólogo, aparte de presentar los tópicos de la falsa traducción y de la enmienda de la obra, Vargas realiza un debate entre el binomio de la paz y la guerra, del que, finalmente, sale victoriosa la primera. Para ello utiliza una serie de autoridades clásicas, entre la que destaca Virgilio y su fórmula *parcere subiectis et debellare superbos*, con la que justifica la resolución final del debate. Desde los comienzos del proemio se defiende la paz y su disposición a salvaguardarla siempre que sea posible. Sin embargo, no se desestima la guerra ni el oficio militar, un hecho que crearía a primera vista cierta confusión, porque Vargas dedica la obra a un noble proveniente de una familia con larga tradición bélica y, en el libro, narra las aventuras caballerescas ejemplarizantes de un príncipe modélico. Ello se resuelve con una aceptación de la guerra catalogada como lícita, es decir, que esté justificada y se ejerza con prudencia y razón para “domar a los rebeldes”, de modo que tenga una repercusión en la paz. La guerra se convierte en una salida para alcanzar una solución pacífica, pues la paz no deja de ser “para amadores de justicia y equidad”, según reza el prólogo.

No obstante, esta situación se plantea como un ideal difícilmente alcanzable en el momento contemporáneo: “ya tan precipitada es en nuestros días la sancta paz, y tan colocada y tan encumbrada no la justa, mas la injusta guerra, que ni la una ni la otra puede venir en mayor extremo” (Vargas, 2004: 3-4). Para González, la invectiva *in bellum* se fusiona con la tópica invectiva *in tempora*, un estado presente de caos e injusticia, pero entendido como carencia y antítesis del gobierno de un verdadero príncipe capaz de garantizar un orden fundado en la paz y la justicia (Vargas, 2004: x). El autor no termina de comprender cuál es la causa por la que se caiga en el abandono de la paz y destaca dos posibilidades: la malicia nuestra, o la negligencia de aquellos que debían servir como ejemplo, es decir, los gobernantes o, más concretamente, los malos gobernantes, puesto que no ejercen su labor con el cuidado necesario. Si la maldad proviene de nosotros, será necesario un correctivo ejercido por el príncipe, dado que en el momento en que Dios separó los elementos en desorden para unirlos de nuevo en concordia, alumbró al príncipe en justicia. Esto motiva que todos los hombres serían de mayor utilidad, si en todas las repúbli-

cas fueran obedientes a las leyes y a los príncipes, quienes deben cumplir una serie de características reguladas:

Y su príncipe para esto deve ser adornado de amplísimas virtudes y de preclara elegancia de costumbres, así que con su prudencia, clemencia, misericordia, piedad, humanidad, mansedumbre, amor, venivolencia para con sus súbditos y vassallos, castidad, magnificencia y charidad, y con el exemplo de su religiosa vida, compela a su súbditos a bien vivir, puniendo los malos, remunerando los buenos, con mayor tranquilidad de la república. (Vargas, 2004: 4)

El prólogo apoya esta declaración en un argumento de autoridad, fosilizado en las palabras de Platón, a la manera habitual en que los autores hacen en los paratextos caballerescos. Según el autor latino, los senadores deben mirar por el bien común de sus ciudadanos al obrar en pro de su utilidad, y los príncipes, gobernar todo el “cuerpo de la república”. Por ello, si se quiere beneficiar una parte sobre otra, no se debe caer en infamia ni injusticia. Esto se debe a que la república tiene que regirse pensando en la utilidad de los siervos, no en la de los señores; y en el caso de que se favorezca a unos en detrimento claro de otros, se siembra distensión y discordia. Por medio de esta referencia a las palabras de Cicerón, Vargas cimenta las bases de lo que debe ser el buen gobierno del príncipe, guiado por la justicia y pensando en la utilidad de sus ciudadanos.

No obstante, Vargas refiere que este pacto debe ser cumplido también por los ciudadanos, lo cual quiere decir que los súbditos y los nobles deben buscar y salvaguardar la paz, así como ellos y el príncipe deben considerar su beneficio para la patria. Para ello, propone ejemplos de grandes personalidades de la Antigüedad clásica que antepusieron el bien común del reino a sus propios trabajos.⁶ El rey será la pieza fundamental para mantener la paz en la república, dado que su figura se convierte en espejo de todos los ciudadanos por su comportamiento, determinante para que sus buenas acciones sean imitadas por el resto de los ciudadanos: “así el príncipe con el exemplo de sus obras provoca a sus súbditos a imitarle” (Vargas, 2004: 4).

6 Entre ellos, se cita a “Oracio, Cocles, Mucio Cévola, Curcio Fabricio, Camillo, los Cipiones, Marco Aurelio, los Decios, Bruto, primer cónsul de los romanos, Torcato Manlio, que aun no perdonaron a sus naturales hijos, sin los cuales los Fabios, los Emilios y Opidión Persa, Codro, rey de Athenas, Leonides espartano” (Vargas, 2004: 4).

Sin embargo, ello contrasta con una realidad habitual, protagonizada por las personas que, si bien han mostrado su “moderación y vida exemplar”, viven con escándalo, lo que pone en peligro el gobierno del reino, y con ello la paz de la república. En este sentido, son vicios como la soberbia y el ansia de poder lo que mueve a estos enemigos a destruir la paz y la prosperidad de los reinos: “No pelean ya Crasso con los partos, no Camilo con los gallos, no César con los íberos, no Pompeyo con los orientales, no Teodosio con los esclavones, no Bellisario con los bárbaros infectos, pero unos contra otros en deleción de la fe, en desassossiego de la manada de Christo” (Vargas, 2004: 5). Esta calamitosa situación es para el autor un sinsentido, producido además por el hombre, quien presume de actuar guiado por la razón. La condición actual resulta verdaderamente miserable. A ello se suma el argumento del mismo Virgilio, quien pide el fin de la guerra, de modo que sentencia el autor: “solamente la cándida y provechosa paz conviene y es a los hombres concedida, la guerra empero cruel a los animales brutos incapaces de razón” (Vargas, 2004: 5).

No obstante, no se rechazan íntegramente las actuaciones bélicas. Para ello presentan dos casos, el ejemplo de Licurgo y el de Numa Pompilio, el rey de los romanos que dio tal importancia a la paz que nunca dictó ninguna orden que pudiera ir en su contra, ni siquiera por cuestión de guerra o levantamiento. Frente a estas dos situaciones, el autor reconoce y apoya que hay momentos en que no se puede dejar de acudir a la guerra, aunque se tenga siempre por máxima conservar la paz. En este sentido, sí se declara a favor del concepto de “guerra justa”, entendido como un proceso cuyo resultado da al hombre ni sufrimiento, ni discordias, sino la tranquilidad de conseguir una pacífica vida. Es decir, ante una situación insostenible en la que sea imposible mantener la paz, el buen gobernador debe decantarse por la guerra justa, que tiene como fin volver a traer paz a los hombres, lo que aportará así prosperidad al reino.

La sentencia de los cuales aunque la primera apruebo por no aver cosa más noble, más santa ni provechosa que la paz, la otra no reprehendo, por ser tal la vida de los hombres que muchas vezes la guerra no se puede escusar ni es possible; por donde hallo que se deve de tal manera definir y aconsejar que, a las vezes, si el negocio lo demanda, la guerra se tome y elija, y que siempre se tenga por máxima guardar la paz si nos es otorgado. Y no aprovaría en algún tiempo la razón razón y causa de la justa guerra si no pensasse que las cosas compuestas y ella fenecida fuessen para más tranquilidad de pacífica vida y

descanso. Los hombres no nacimos para guerras, os hago saber, no para homicidios, no para discordias y peleas, pero para concordia y humanidad; assí que deve ser el instituto de todo príncipe y su oficio buscar la paz, guardarla y conservarla por todas vías. (Vargas, 2004: 6)

Por lo tanto, el prólogo se configura como un regimiento de príncipes, un tratado con el que se ha relacionado al libro de caballerías desde sus inicios amadisianos, además de reflejarse en el título de las obras mediante la denominación “espejo”, como sucede en las obras que conforman los ciclos del *Espejo de caballerías* o, posterior a la obra de Vargas, el ciclo *Espejo de príncipes y caballeros*. La clave de esta situación viene dada al final del prólogo cuando se resuelve la disputa entre la paz y la guerra a favor de la primera. Por lo tanto, como se ha señalado al inicio, la paz queda situada por encima de la guerra. Para ello resulta fundamental la figura de un príncipe instruido que sepa actuar como buen gobernante y que pueda regir en tiempos de paz, pero tampoco se descarta la función del capitán, cuyos conocimientos bélicos y estratégicos le permitan obtener la victoria en la guerra con el fin de garantizar la paz. Siguiendo esta línea, estas características se relacionan con la concepción que se efectúa del nuevo caballero renacentista, ya no sólo en los libros de caballerías sino también en diversos tratados militares de la época. Creo que esto sería una prueba más de cómo las ficciones caballerescas caminan de la mano junto con los manuales de educación de príncipes y los tratados de formación militar.⁷

En relación con el prólogo, resulta necesario rescatar las palabras de Elisabetta Sarmati (1992: 797) al respecto, quien destaca la incidencia de la obra de Erasmo *Institutio Principis Christiani* por medio de un análisis de su prólogo acerca de las preocupaciones sobre el arte del buen gobierno y la praxis caballeresca de la obra (1992:797). Según la investigadora, el protagonista materializa la tesis erasmista del Príncipe de la Paz; el héroe se transforma en capitán militar y termina convirtiéndose en un magnífico soberano como anuncia Erasmo en el *Querela Pacis* y en *Institutio Principis Christiani*. Centrándose en el prólogo, Sarmati comprueba que Vargas habla con detenimiento sobre la pacificación de la cristiandad y su relación con el buen gobierno del estado. Vargas relaciona el caos y el desorden con la propia guerra en la tierra; ahora bien, la guerra justa y cristiana será aquella capaz de deshacer agravios,

⁷ Para profundizar en esta línea de investigación, véanse los trabajos de Rodríguez Velasco (1996, 2004, 2008). Por supuesto, ahí entraría la constante utilización del tópico horaciano *utile dulci* en los prólogos de libros de caballerías.

lo que da una posibilidad de justicia a la contienda siempre que no esté dominada por los intereses privados de cada uno (Sarmati, 1992:798), es decir, que los gobernadores no se dejen llevar por sus vicios y sus ansias de poder.

Para Sarmati, esta preocupación por el arte de gobernar que se manifiesta desde el prólogo se convierte, a lo largo de la narración, no sólo en una reflexión teórica, sino en la praxis caballeresca mediante el padre de Cirongilio, el rey Eleofrón, quien encarna un verdadero líder tras la larga sucesión de malos gobernantes. Eleofrón materializa una reforma social y religiosa propuesta por Erasmo, como ese reflejo ideal de Carlos V que tanto había deseado Alfonso de Valdés. El tema del tirano le da a Vargas la posibilidad de plantear toda la batería erasmista sobre el príncipe cristiano, un buen gobernador que contiene la virtud del buen príncipe y la capacidad de regir sus estados con magnanimidad. Los ciudadanos ven en él incluso un segundo mesías, igual que cobra rasgos mesiánicos la llegada dichosa de Cirongilio a la isla de Hircania, donde vive una aventura de tintes infernales de la que saldrá victorioso (Sarmati, 1992: 799-800).

Según continúa el prólogo, el autor se dirige ahora directamente al destinatario de la obra, el marqués de Villena, a quien alaba por no haberse apartado en ningún momento del “instituto maravilloso de natura”, y por haber seguido “el precepto y exemplo de su soberano príncipe y señor Jesuchristo”, quien se convierte en una guía para obtener la paz. Según dice, sólo formó parte de las guerras cuando éstas tenían la finalidad de recuperar la paz perdida, siguiendo el concepto de “guerra justa”:

Si en algún tiempo halló aver traído y exercitado las guerras, fue para buscar la perdida paz, de donde su esclarecido y glorioso nombre fue mandado a la inmortalidad de la fama, que en vos está como en depósito y tutela de sus bienes, con continuo exercicio que tenéis de vuestra manificencia, incomparable virtud, inreprehensible benignidad, con decoro de innumerables dotes de ilustríssimo y guarnecido ánimo de nobleza, entre las cuales no sigo menos el desseo y afición de dar a vuestra discreción y prudencia el alimental pasto que osta con la lección de varias escripturas. (Vargas, 2004: 6)

En este pasaje entran en juego diversos elementos con los que se traza un retrato del destinatario de la obra. Primero se caracteriza a un noble que sigue los ejemplos de Cristo, en tanto que se convierte en un guardián y defensor de la paz, lo que lo vincula con la figura del buen gobernante que el autor diseccionaba en los primeros com-

pases del prólogo. Su defensa de la paz lleva a que el marqués de Villena encarne la imagen del buen gobernante que vela por la protección de sus territorios, extrapolarlo así la figura del príncipe como regidor de sus reinos. Si se profundiza un poco más, la figura del buen gobernante se relaciona directamente con el diseño del caballero renacentista —al menos con una de las vertientes, la de gobernador que debe dominar esta nueva caballería—. La concepción del caballero como buen gobernante se refuerza por la gran cantidad de virtudes con las que se dibuja al homenajeado en la obra, desde el decoro hasta el ánimo de nobleza. El marqués de Villena vería su semblante reflejado en su propia alabanza y en el dibujo intencionado que el autor hace del buen regidor.

Según González en su edición de la obra, don Diego López Pacheco se posiciona como ese perfecto príncipe, gobernante y defensor de la paz que se declaraba en el prólogo. Sin embargo, creo que no se puede olvidar la dimensión propagandística que se esconde bajo estas declaraciones (Vargas, 2004: x-xi). El paralelismo que establece Vargas entre don Diego y la figura del príncipe, reforzado por la relación con el héroe del libro, lleva aparejada una función encomiástica y promocional tanto del noble como de su familia. El autor ha hecho referencia unas líneas antes a los antepasados de su homenajeado para señalar la labor que realizaron en la guerra, defendiendo la paz, lo que les hizo merecedores de la fama y, por lo tanto, inmortales en el tiempo. Con estas declaraciones en la mano, no resulta descabellado pensar en la fuerte dimensión propagandística que esconde el prólogo, tanto por la relación que se establece entre don Diego López Pacheco y la figura del príncipe, como por el enaltecimiento de su familia, y su papel dentro de la historia.

Finalmente, después de presentar el origen de la obra como una traducción y de un alegato de falsa modestia por parte de su autor, queda la última ligazón entre la figura del homenajeado y del buen gobernante. Se trata del propio caballero Cirongilio, protagonista del libro, a quien Vargas pone como ejemplo por sus buenas decisiones de gobierno. Si bien puede resultar un tanto contradictorio que sea un caballero y, por lo tanto, un militar versado en armas quien se convierte en un ejemplo cuando en el prólogo se ha hecho un alegato casi pacifista, la respuesta resulta simple. Como se ha visto, no se rechaza la guerra de plano, sino que se defiende intervenir en la contienda cuando no quede más remedio y la falta de compromiso ponga en peligro la paz de la república. Esta intervención en la “guerra justa”, que busca recobrar la paz tan pronto como sea posible, es la clave del caballero Cirongilio según la presentación que hace el autor:

No se movió con ira a las batallas, mas con misericordia y clemencia que tuvo de los afligidos, y voluntad de deshacer los tuertos y agravios; donde todos los príncipes d'este tiempo pueden tomar exemplo para más buenamente gobernarse, para que con justa razón sean comparados al esclarecido sol, bien como lo fue este bienaventurado cavallero en su tiempo, en tal manera que sobró a todos los del mundo en bondad en las armas, en esfuerço del coraçón, en nobleza de ánimo, en virtud de ínclitas costumbres. No ovo aventura que él no acabasse, gigante que no venciesse, encantamento a que no diesse fin; por donde se debe creer averle el alto Dios elegido para que esclareciesse y reparasse el mundo el tiempo que más perdido estava y más neessidad tenía de reparo. (Vargas, 2004: 7)

Cirongilio no se presenta como un caballero obsesionado con los lances de armas y las batallas, sino que sus intervenciones están marcadas por la misericordia que siente hacia los demás, sobre todo hacia los afligidos, por lo que se convierte en escudo de los desamparados. Todo esto lleva a que se le presente como un modelo ejemplar de buen gobierno del que pueden extraer enseñanzas los diversos príncipes y, de forma implícita, el destinatario de la obra. Es más, las características con las que se modela a Cirongilio (“sobró a todos los del mundo en bondad en las armas, en esfuerço del coraçón, en nobleza de ánimo, en virtud de ínclitas costumbres”) son semejantes a las que previamente se han empleado en la caracterización del noble (“vuestra manificencia, incomparable virtud, inreprehensible benignidad, con decoro de innumerables dotes de ilustríssimo y guarnecido ánimo de nobleza”), entre las que destacan las menciones a la virtud y al ánimo de nobleza.

Como cierre, me gustaría comentar la última parte del fragmento: “por donde se debe creer averle el alto Dios elegido para que esclareciesse y reparasse el mundo el tiempo que más perdido estava y más neessidad tenía de reparo”. Este cierre del prólogo, en el que se declara que la llegada de Cirongilio cumple un mandado divino por el que Dios buscaba una reparación del daño que se estaba generando en el mundo, creo que puede tener un ligero tinte mesiánico. Ello se debe lógicamente al hecho de que Cirongilio es una figura enviada directamente por Dios para cumplir con un plan divino, como en su momento se achacó a Carlos V. Por ello, si se tiene en cuenta la lectura que hace Sarmati (1992: 799-800) del prólogo, en el que muestra la presencia de este príncipe de la paz de corte erasmista y raíz mesiánica, junto con la visión providencialista que recae en el texto sobre el propio Cirongilio y su padre Eleofrón, no sorprende esta declaración final sobre el héroe de su obra, al que expone de manera

explícita como un caballero con una pátina mesiánica que ha llegado con la misión divina de acabar con los males que corrompen la tierra.⁸

A modo de síntesis, es necesario subrayar una serie de conclusiones extraídas tras el análisis que se acaba de realizar. El prólogo de este libro de caballerías destaca por la asimilación que establece entre las figuras del marqués de Villena y del caballero por medio del concepto del gobernante ejemplar. A ello se suma la promoción que se hace del destinatario, así como de su familia al integrarlo dentro del universo caballeresco y destacar su proceder como un gobernante ejemplar que defiende la paz y prosperidad de sus territorios. Este comportamiento modélico lleva a que se dé al libro, ya de manera explícita desde el prólogo, un tratamiento de regimiento de príncipes, género con el que se liga al libro de caballerías por dar ejemplo a todos los buenos príncipes de este tiempo. Esto está motivado por cómo se presenta a Cirongilio y por las actitudes de Diego López Pacheco, que se alaba como buen gobernante que sigue los ejemplos divinos y se liga al protagonista por medio de esta labor. De esta manera, la alabanza al destinatario y su familia resulta clara y nada disimulada, como pretendía alguien como Vargas, unido directamente a la esfera cultural del marqués. Por consiguiente, el aspecto propagandístico que enmascara el prólogo se basa en la relación que se establece entre don Diego López Pacheco, destinatario de la obra, y la figura del príncipe como buen gobernador y defensor de la paz analizado en el paratexto, que se materializa en el personaje de Cirongilio. El resultado final es ese aspecto de *speculum principis* que el autor se afana en dar al libro, como un muestrario de ejemplos válido para los nobles que deseen acercarse a sus aventuras caballerescas.

En relación con el tema que abría este trabajo, destaca la pintura que se realiza de don Diego y que recoge las ideas acerca del hombre ejemplar, buen gobernante y caballero destacado en boga a mediados del siglo XVI. En este sentido, el prólogo del *Cirongilio* cuenta con un anclaje a la realidad histórica coetánea, gracias sobre todo al retrato hecho del noble y su ligazón con la figura mitificada del héroe. La relevancia del destinatario y su familia resulta palpable por el papel que tuvieron en la sociedad española del momento, lo que da pie a Vargas para remarcar la grandeza familiar en su prólogo, aunque sus intenciones nunca fueron del todo altruistas. Con todo ello, Vargas consigue articular su paratexto mediante los principios heroicos contemporáneos para ensalzar al noble y ligarlo con la imagen heroica del Renacimiento.

8 Para el mesianismo, véase Milhou (1983), y para el mesianismo en la figura de Carlos V, Checa Cremades (1987).

Referencias bibliográficas

- BERMÚDEZ MÉNDEZ, Manuel. (2006). “Apuntes acerca de Bernardo Pérez de Vargas y su obra literaria”. *Isla de Arriarán. Revista Cultural y Científica*, (28), 121-142.
- CAYUELA, Anne. (1996). *Le paratexte au Siècle d’Or: Prose romanesque, livres et lecteurs en Espagne au XVII^e siècle*. Droz.
- CHECA CREMADES, Fernando. (1987). *Carlos V y la imagen del héroe en el Renacimiento*. Taurus.
- DEMATTÈ, Claudia. (2002). “Voci d’autore (e del lettore) nei *Libros de Caballería*. Strategie dell’enunciazione dal paratesto al testo (con speciale riferimento al *Félix Magno*)”. *Annali. Sezione Romanza. Istituto Universitario Orientale-Napoli*, 44(2), 355-409.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. (1999). *Carlos V, el César y el hombre*. Espasa.
- GONZÁLEZ, Javier Roberto. (2000). “*Cirongilio de Tracia*” de Bernardo de Vargas (Sevilla, Jácome Cromberger, 1545). *Guía de lectura*. Centro de Estudios Cervantinos.
- GONZÁLEZ, Javier Roberto. (2002a). “*Cirongilio de Tracia* (1545) o los albores de la fatiga”. *Edad de Oro*, 21, 349-366.
- GONZÁLEZ, Javier Roberto. (2002b). “Propuestas para una tipología epístola: en los libros de caballerías castellanos”. En César Quiroga Salcedo (Coord.), *Hispanismo en la Argentina en los portales del siglo XXI* (pp. 115-126). Editorial de la Universidad Nacional de San Juan.
- GONZÁLEZ, Javier Roberto. (2003a). “La alegoría arquitectónica en la novela sentimental y caballeresca (*Cárcel de Amor-Cirongilio de Tracia*)”. *Alfinge: Revista de Filología*, (15), 27-56.
- GONZÁLEZ, Javier Roberto. (2003b). “Dos helenismos reivindicados en *Cirongilio de Tracia* de Bernardo de Vargas”. *Stylos*, (12), 45-73.
- GONZÁLEZ, Javier Roberto. (2004a). “La aventura maravillosa caballeresca, imitación y variación (*Amadís de Gaula-Cirongilio de Tracia*)”. *Incipit*, 24, 101-116.
- GONZÁLEZ, Javier Roberto. (2004b). “Evolución del topos constantinopolitano en los libros de caballerías: el caso de *Cirongilio de Tracia* de Bernardo de Vargas”. *Letras*, (48-49), 125-135. <https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/3987/1/letras48-49.pdf>

- GONZÁLEZ, Javier Roberto. (2005). “Un ejercicio de estructuras comparadas: *Amadís de Gaula-Cirongilio de Tracia*”. *Letras*, (50-51), 113-161. <https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/3774/1/letras50-51.pdf>
- GONZÁLEZ, Javier Roberto. (2006). “Andalucismos fonéticos en la *editio princeps* de *Cirongilio de Tracia* de Bernardo de Vargas (*Sevilla, Jácome Cromberger, 1545*)”. *Incipit*, 25, 305-319. <http://www.iibicrit-conicet.gov.ar/ojs/index.php/incipit/article/view/283/298>
- GUIJARRO CEBALLOS, Javier. (1999). *El “Floriseo” de Fernando Bernal*. Editora Regional de Extremadura.
- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel. (2000). *Imprenta y libros de caballerías*. Ollero y Ramos.
- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel. (2002). “Libros de caballerías castellanos: textos y contextos”. *Edad de Oro*, 21, 9-60.
- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel. (2004). *De los libros de caballerías manuscritos al “Quijote”*. Sial.
- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel; MARÍN PINA, María Carmen. (2008). “Lectores de libros de caballerías”. En José Manuel Lucía Megías (Ed.), *“Amadís de Gaula”, 1508: quinientos años de libros de caballerías* (pp. 289-311). Biblioteca Nacional de España; Sociedad Española de Conmemoraciones Culturales.
- MARÍN PINA, María Carmen. (2011). “Cimientos de verdad en los primeros libros de caballerías”. En María Carmen Marín Pina, *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos* (pp. 85-100). Institución Fernando el Católico.
- MILHOU, Alain. (1983). *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*. Casa-Museo de Colón.
- MORALES RUIZ, Dolores Carmen. (2009). “Diego López Pacheco Portocarrero”. En Jaime Olmedo (Dir.), *Diccionario biográfico español* (pp. 673-678). Real Academia de la Historia.
- PORQUERAS MAYO, Alberto. (1957). *El prólogo como género literario: su estudio en el Siglo de Oro español*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- RODRÍGUEZ VELASCO, Jesús D. (1996). *El debate sobre la caballería en el siglo xv: la tratadística caballeresca castellana en su marco europeo*. Junta de Castilla y León; Consejería de Educación y Cultura.

- RODRÍGUEZ VELASCO, Jesús D. (2004). “La caballería cortés ante la caballería romana”. Folke Gernert (Ed.), *Letteratura cavalleresca tra Italia e Spagna (da “Orlando” al “Quijote”)*. *Literatura caballeresca entre España e Italia (del “Orlando” al “Quijote”)* (pp. 507-524). Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas; Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas; CERES de la Universidad de Kiel.
- RODRÍGUEZ VELASCO, Jesús D. (2008). “Esfuerzo. La caballería, de estado a oficio (1524-1615)”. En José Manuel Lucía Megías, María Carmen Marín Pina y Ana Carmen Bueno (Eds), *Amadís de Gaula: quinientos años después. Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua* (pp. 661-689). Centro de Estudios Cervantinos.
- SARMATI, Elisabetta. (1992). “Il *Cirongilio de Tracia* di Bernardo de Vargas. Studio di un muniore del genere cavalleresco”. *ANNALI – Sezione Romanza*, 34(2), 795-807.
- SARMATI, Elisabetta. (2018). “El componente poético en los libros de caballerías. El caso del *Cirongilio de Tracia* de Bernardo de Vargas”. En Isabella Tomassetti (Coord.), *Tradiciones, modelos, intersecciones. Calas en la poesía castellana de los siglos XV-XVII* (pp. 277-298). Cilengua.
- VARGAS, Bernardo de. (2004). *Cirongilio de Tracia* (Javier Roberto González, Ed). Centro de Estudios Cervantinos.

